

siástico (1), trastornan los Estados y los hacen pasar á manos de pueblos estraños. Luego si ni las debilidades, ni los escándalos, ni la imbecilidad ó imprudencia de algunos Papas han podido conmovier los fundamentos de la verdadera Iglesia, Dios mismo es

quien los ha asentado y afirmado y dádoles una consistencia que ni los hombres ni los tiempos pueden alterar (1). Hé ahí la conclusión que debe sacarse de algunos pasajes humillantes de la Historia de la Iglesia (2).

LIBRO QUINCUGÉSIMO-SÉTIMO.

Desde la muerte de Alejandro VI, sucedida en el año 1503, hasta el principio del luteranismo en el de 1517.

Los grandes hombres tienen sus defectos del mismo modo que los hombres vulgares; pero aun estos mismos defectos están manifestando la grandeza y elevación de su origen. Tal fué en el cardenal Jorge de Amboise el deseo de obtener el Sumo Pontificado, aunque no le pretendió tanto por ambición como por complacer á su soberano y apoyar los derechos de este príncipe en Italia. Pero justamente fué esta la causa de que errase el golpe, á lo que contribuyeron también los artificios del cardenal Julian de la Rovere, que supo aprovecharse para su propia utilidad de los recelos de aquella nación suspicaz. El cardenal de Amboise tenia una confianza total en la Rovere, adicto al partido de Francia por espacio de diez años, odioso de consiguiente á la facción española y enemigo particular del duque del Valentinesado y de sus partidarios (2).

(1) Cap. 10. c. 8.
(2) Guicc. l. 5.

quien los ha asentado y afirmado y dádoles una consistencia que ni los hombres ni los tiempos pueden alterar (1). Hé ahí la conclusión que debe sacarse de algunos pasajes humillantes de la Historia de la Iglesia (2).

de suerte que no parecia creíble que este confidente tratase de hacer su negocio; además que habiéndose acercado á Roma las tropas numerosas que tenia todavía en Italia Luis XII, adquirió por este medio un nuevo apoyo el cardenal de Amboise, como lo conoció muy bien la Rovere. Vino pues este á buscar á Amboise, y le persuadió, que aun prescindiendo de este último recurso, que no dejaba de incomodar á todos sus amigos, no podia menos de verificarse su eleccion; que con respecto á los cardenales contrarios á su nación le seria aquel arbitrio mas perjudicial que útil; que no dejarían de decir que le habían elegido por el temor de las armas francesas, y que tal vez irían á otra parte á elegir nuevo Papa. El cardenal de Amboise comunicó estas reflexiones al duque del Valentinesado, que era de su partido, el cual acusó á la Rovere de infidencia y de traición;

(1) Daniel, II, 144.
(2) Hist. de la Papauté, t. 1, p. 160. (1)

pero Amboise, menos versado que Borja en el arte de engañar, quedó tan persuadido de lo que le habia dicho la Rovere, que no fué posible darle á entender otra cosa, y no solo hizo que se alejase el ejército francés, sino tambien que saliese de Roma el duque con los oficiales y todos los militares que habia ya dentro de la ciudad. Inmediatamente levantaron los cardenales milicias urbanas para asegurar la tranquilidad pública en la ciudad, y despues de esto entraron en cónclave, en número de treinta y ocho. La Rovere, que conocia bien que aun no habia llegado su tiempo, empezó á solicitar votos á favor de Piccolomini, cardenal de Sena, uno de los hombres mas honrados que habia en el Sacro Colegio, pero conceptuado por muy contrario á la Francia, como su tio Pio II. Por medio de esta disposicion, presentada con mucha destreza, no solo le proporcionó el astuto solicitador los votos de la facción española, sino que se grangeó la confianza de sus magestades Católicas. Temiendo los italianos tener un Papa extranjero, no dudaron un momento en unirse á esta facción. En efecto, fué elegido Piccolomini el dia 22 de setiembre de 1503, y tomó el nombre de Pio III en memoria de su tio. Las intrigas del cardenal de Amboise no le produjeron otro fruto que el de experimentar el desagrado del nuevo Pontífice, los sarcasmos de los romanos, y el abandono de los príncipes que se habian mostrado mas adictos á la Francia.

Sin embargo, parece que no estaba todavía bien desengañado, cuando á los veinte y seis dias pasó Pio III desde el trono al sepulcro. Segun los designios del cardenal Rovere, la tiara no era mas que un adorno colocado en la cabeza de aquel Pontífice casi moribundo, hasta que su interesado bienhechor hallase ocasion para condecorarse con ella. Volvió á entrar en cónclave el cardenal de

Amboise sin saber probablemente el estado de la intriga de su competidor; pero no tardó en saberlo, porque en el primer dia, que fué el 1.º de noviembre, y antes de cerrar el cónclave, Julian de la Rovere, cardenal de San Pedro *ad vincula*, obtuvo las dos terceras partes de los votos, y se dió por hecha la eleccion. Desde la exaltacion de su predecesor, cuya vida presumia no debia ser muy larga, se habia ocupado constantemente en asegurar el buen éxito de sus proyectos. El odio del nombre francés le proporcionó el favor de los españoles. Se aprovechó de la decadencia que empezaba á experimentar la causa del duque de Valentinesado para atraerle á su partido; juntamente con los cardenales adictos á la casa de Borja, dándole esperanzas de que contribuiría á mejorar su suerte. Por lo que hace á los italianos, es verdad que le tenían por hombre inconstante, caprichoso, inquieto y de carácter duro; pero al mismo tiempo sabian que era intrépido, y celoso defensor de los derechos de la Santa Sede, y cumplidor de su palabra, cuando habia ofrecido dar alguna cosa. No obstante, para obtener los votos de los cardenales, prometió quizá, dice un autor italiano (1), mas de lo que quisiera dar siendo Papa. Se añade que sin duda chanceándose decia que el Soberano Pontificado valia infinitamente mas de lo en que solia venderse, que la tiara era una de esas cosas raras cuyo valor no se mide por la apreciacion comun; pero en esta materia hasta las chanzas son un escándalo. Tenia tan poco miramiento, que se dice tomó el nombre de Julio, no en honor del Papa San Julio I, sino en memoria del primero de los emperadores romanos.

Para indemnizar en cierto modo al cardenal de Amboise, le confirmó Julio II (que este nombre tomó el nuevo Papa) la lega-

(1) Guicc. l. 6.

ción de Francia, con facultad para disponer de todos los beneficios del reino, y autoridad absoluta sobre el condado venecino. Francisco de Clermont Lodeve, arzobispo de Narbona, y sobrino de este competidor suplantado, fué tambien por recomendacion suya uno de los cuatro primeros cardenales que creó Julio II. Es de notar que en esta promoción empezó la ceremonia de cerrar la boca á los nuevos cardenales. Amboise, ministro celoso y buen francés, se consoló mucho mas al ver que la plaza que él perdía, era ocupada por un hombre que, en su concepto, miraba con particular inclinacion á Luis XII: otro error, tan poco excusable como los precedentes. Si comparamos entre sí á los dos mayores ministros de su tiempo, daremos ciertamente á Gimenez la preferencia sobre Amboise por el profundo conocimiento que tenia de los hombres; y es seguro, que hubiera salido mejor del laberinto de las intrigas italianas, ó que tal vez no se hubiera metido en él. Pero aun en medio de esta conducta, que sin duda alguna no es de alabar, manifestó siempre el cardenal de Amboise su carácter de dignidad y de moderacion. Tuvo la flaqueza de aspirar al Pontificado; pero solo se valió de los buenos oficios de sus amigos, sin recurrir á un tráfico indigno, á las liberalidades, ni aun á las promesas. No formó intrigas ni cábalas; antes de la eleccion, suspendió la marcha de las tropas francesas por no atentar contra la libertad de los votos; despues no se quejó de los artificios de sus rivales, ni de la doblez de sus falsos amigos; y despues de dos afrentas recibidas en muy corto tiempo, se sujetó sin dificultad y sin queja á los autores de ellas. Pudo ser insultada su sencillez; pero se insultaba á la sencillez del justo, mas irreprochable sin duda si no se hubiera manchado con alguna ambicion.

El Papa Julio, que se habia reconciliado

por interés con el duque del Valentinesado, estaba resuelto, no obstante, á arruinar una fortuna fabricada casi toda ella á expensas de la Iglesia romana, y desde luego quiso volver á ocupar las plazas que poseía el duque en la Romanía (1). No disponiendo ya este de las fuerzas del Estado de la Iglesia, desde la muerte de su padre el Papa, viéndose abandonado de sus antiguos amigos y aun de sus propias hechuras, y estrechado fuertemente por los venecianos, los cuales pretendian tambien estender su dominacion á la Romanía, hizo con el Papa un tratado, por el que se obligaba á entregarle todas las plazas que tenia en aquella provincia. Habiendo tenido algun nuevo vislumbre de esperanza, no tardó en arrepentirse de este convenio, y avisó secretamente al gobernador que tenia en Cesena, que mandase ahorcar al que fuese á tomar posesion de aquella ciudad en nombre del Papa: lo que se ejecutó en efecto. No pudo estar tan oculto este atentado, que no llegase á noticia del Papa antes que hubiese podido el duque ponerse en salvo. Se creyó en vista de esta infamia que no debía guardarse ya ningun respeto ni miramiento. Se le prendió y se le encerró estrechamente en el castillo de Sant'Angelo, y luego en Ostia, á cargo del cardenal de Carvajal, hasta que se entregasen todas sus plazas á los oficiales del Papa. Tenia pensado el duque retirarse á Francia; pero Carvajal le hizo tomar la resolucion, de grado ó por fuerza, de pasar á Nápoles cerca de Gonzalo de Córdoba, diciéndole que le trataria mejor que los franceses. En efecto, recibió muchos obsequios del general español, el cual le dió un tren correspondiente á un príncipe, y repartió con él su bolsillo; pero inmediatamente dió noticia de todo al rey de España, y le aconsejó que no tuviese nin-

(1) Marian. l. 28.

guna confianza en un pícaro que le vendría á la primera ocasion, ó por mejor decir, en una fiera que solo podía dejar de hacer mal teniéndola sujeta con cadenas, como á los tigres y leopardos. El duque (Borja) fué trasladado á España y encerrado en una prision, donde permaneció unos tres años, á cuyo tiempo se escapó, habiendo gobernado á los que le custodiaban, y fué á refugiarse á la corte de su cuñado el rey de Navarra; pero el brazo de Dios, pronto á descargar sobre ese malvado, le siguió en su nuevo asilo, pues poco despues perdió esta la vida en una escursion tumultuosa, mas parecida á un atropellamiento de salteadores que á una expedicion militar.

La muerte de Isabel, reina de Castilla, sucedida á 26 de noviembre de 1504, ocasionó muchos movimientos en Castilla y en todas las cortes de Europa. Esta princesa, eternamente memorable por su piedad y por todas sus virtudes cristianas, por la extension y elevacion de sus ideas, por su prudencia, actividad y gran valor, era la principal gloria de su nacion, y aun del rey su esposo, á pesar de las excelentes cualidades de que estaba adornado (1). A Isabel debe esta monarquía la conquista de las islas Canarias y del Nuevo Mundo, la espulsion de los moros, las proezas de Gonzalo de Córdoba, y casi toda la preponderancia de que gozó por mucho tiempo en Europa, habiendo contribuido tambien en gran manera aquella reina admirable y tenido la principal parte en la concepcion y ejecucion de los nobles proyectos de Fernando con sus exhortaciones y con su ejemplo. Tanto mérito, junto con la brillantez de una corona, no pudo sin embargo fijar el corazon voluble de su esposo, no obstante que esta princesa virtuosa jamás dejó de recordarle

sus deberes, no solamente con la constante regularidad de su conducta, de la que era dueña por ser suya la corona de Castilla, sino tambien con todos los miramientos de la dulzura, de la discrecion y aun por su atencion generosa á ocultar á sus súbditos en cuanto le era posible las infidelidades de su marido. Tenia cincuenta y tres años cuando murió, y su esposo no pasaba entonces de treinta y siete (a).

En su testamento habia declarado la reina á su hija Juana, muger del archiduque Felipe, por heredera de Castilla; y como Juana, llamada la loca, habia perdido efectivamente el juicio, confió el gobierno de este reino al rey Fernando, hasta que llegase á la edad de veinte años el duque de Luxemburgo, hijo de Juana y de Felipe (1). Esta última prueba de aprecio, dada al rey de Aragon contra las pretensiones del archiduque, estaba sujeta á muchos inconvenientes; y de ella resultaron en efecto aquellas negociaciones y facciones contrarias, y aquellos tratados sin número y sin consistencia, por los cuales tan pronto estaban amigos como enemigos los príncipes de España y de Austria, los reyes de Francia y de Inglaterra, y por consiguiente las potencias de Italia, que no tenían entonces mas movimiento que el que recibian de las extranjeras. No es nuestro ánimo desenredar

(a) Fué tan llorada la muerte de esta excelente reina, quanto lo merecia su vida, su valor, prudencia y las demas virtudes tan eminentes que la distinguieron; pudiera decirse que la menor de sus alabanzas es haber sido la mas excelente y valerosa princesa que tuvo el mundo, no solo en sus tiempos, sino muchos siglos antes. Falleció á 26 de noviembre de 1504 en Medina del Campo, desde donde sus restos mortales fueron conducidos al convento de San Francisco de la Alhambra de Granada, hasta despues de la muerte de su esposo, en que habiéndose erigido el soberbio mausoleo de la catedral de Granada, en que se enterró aquel monarca, fueron trasladados al lado de los de su esposo, segun ella habia dejado tambien prevenido en su testamento. Puede verse este en los apéndices á la Historia general de España, tom. 9, edicion de Valencia 1790.

(N. del E.)

(1) Osor. l. 3; Bondacurs. in Diar.

(1) Marian. l. 28, n. 60.

y aclarar este caos fastidioso, y mucho mas teniendo, como tiene, muy poca relacion con el objeto que nos hemos propuesto. Bastará, segun nuestro método acostumbrado, decir cuando se presente la ocasion lo que necesite para unir y enlazar entre si los diversos hechos, y para que puedan entenderse perfectamente las cosas eclesiásticas. Aun no habia pasado un año desde la muerte de Isabel, cuando Felipe se marchó muy descontento á Castilla, donde al momento fué coronado rey y dejó Fernando el gobierno de este reino; pero habiendo muerto poco despues el nuevo rey (1506) eligieron las Cortes á Fernando por regente: en lo que influyó mucho el generoso cardenal Giménez, que por cierto no tenia mucho que agradecer á este príncipe y que le obligaba en cierto modo á amarle, ó por lo menos á honrarle y apoyarle. Poco despues quedó Gimenez encargado del gobierno, durante la ausencia del rey de Aragon que marchó á Nápoles, adonde se vió precisado á pasar con motivo de ciertas sospechas contra el gran Gonzalo que mandaba en aquellos Estados (a).

La reina Juana tenia una hermana menor llamada Catalina, que se habia casado dos años hacia con el príncipe Arturo ó Ar-

(a) Perteneciendo mas á la historia civil que á la eclesiástica todos estos sucesos, no nos detendremos aqui en esplanarlos; para su perfecta inteligencia pueden consultar nuestros lectores la *Crónica de los reyes don Fernando y doña Isabel*, escrita por Hernando del Pulgar, y la *Historia general de España*. No estará de mas, sin embargo, recordar aqui que el rey católico, á quien tantas veces y con singular insistencia pretende injustamente denigrar nuestro autor; no está de mas, decimos, recordar aqui que el rey católico, á pesar de las instancias de los pueblos y grandes del reino, de la inhabilidad de su hijo doña Juana, de estar ofendido de su yerno en muchas maneras, y de la facilidad con que hubiera podido apoderarse de todo, lo renunció todo con admirable grandeza de ánimo, y en el mismo dia que falleció la reina salió por la tarde y mandó alzar los pendones Reales por su hija como reina propietaria de Castilla, y por el archiduque Felipe, como su marido.

(N. del E.)

tus, hijo primogénito del rey de Inglaterra. Habiendo muerto Artus, y no queriendo el rey su padre devolver doscientos mil escudos que habia llevado en dote Catalina, resolvió casarla con el príncipe Enrique, su hijo segundo, y pidió al Papa Julio aquella dispensa fatal, cuyos efectos deplorables veremos mas adelante. Como Alejandro VI habia permitido ya á Manuel, rey de Portugal, casarse sucesivamente con dos hermanas, siguió Julio este ejemplo, á pesar de las reclamaciones de muchos obispos. Sin duda alguna seria cosa temeraria limitar generalmente, aun en esta materia, el poder de los Sumos Pontífices; pero la condescendencia de Julio con respecto á Enrique VII, príncipe desacreditado por su avaricia, ¿tenia por ventura una causa bastante plausible? Quiso tambien el rey de Inglaterra que se canonizase á Enrique VI, su predecesor, de la casa de Lancaster (de la cual era igualmente el mismo rey), asesinado, como hemos visto, por orden de Ricardo III de la casa de York; mas no consiguió su intento, siendo el motivo de ello, segun Rapin Thoiras, el gasto que era preciso hacer para lograrlo. Así se perpetúan las preocupaciones en las sectas, abusando de la credulidad popular! Sin embargo, está demostrado por monumentos auténticos, que habiendo examinado el asunto con la debida madurez el Papa y los cardenales, declararon que habia mas simplicidad y aun fatuidad en la vida de Enrique VI que esas virtudes eminentes que el cielo confirma con milagros y que son las que honra la Iglesia con culto público (1).

Los sectarios de Bohemia, tantas veces exaltados y tantas otras abatidos, no cesaban de levantarse de sus caídas, aprovechándose siempre de la primera condescen-

(1) Rain. an. 1304, n. 32; Hürpes. Feld. 15, s. 60.

dencia para abandonarse á los últimos excesos de la rebelion y de la impiedad (1). La tolerancia del cáliz, ó la comunión bajo las dos especies, ya no les contentaba hacia mucho tiempo, y habian vuelto á declararse grandemente adictos á todos los errores impios de los taboritas, esto es, de Juan Hus y de Wiclef. Los calistinos, ó los que se limitaban al cáliz, eran á la verdad mas numerosos, y se oponian á las pretensiones de los otros. No obstante, se aumentaron estos últimos de tal manera, que llegaron á formar una secta particular bajo la direccion del zapatero Pedro Relesiski, digno maestro de tales discípulos, el cual les dió desde luego un cuerpo de doctrina. Despues tuvieron por pastor á Matias Convaldo; eligieron por sí mismos sus ministros, y subsistieron en esta forma de gerarquía, ó por mejor decir, de latrocinio, hasta que vino Lutero á reforzar su partido con tan honradas tropas. Esta es la gente famosa á que se dió el nombre de *hermanos de Bohemia*.

Su doctrina ó su audacia era muy á propósito para agradar al falso reformador de Alemania, que se apropió las ideas de aquel populacho desenfrenado, y al que por consiguiente ni aun le dejó la gloria despreciable de la invencion en su monstruosa reforma. La misa, la transubstanciacion, las oraciones por los difuntos, el culto de los Santos, y sobre todo la potestad del Papa, eran cosas que ofendian á los hermanos de Bohemia. Segun los discípulos del doctor zapatero, el Sumo Pontífice era el Anticristo; la Iglesia romana, la ramera del Apocalipsis; los Sacramentos de esta Iglesia, abominaciones; el culto de los Santos, de las imágenes y de las reliquias, idolatría; las oraciones por los difuntos, supersticion; el celibato eclesiástico, y los votos y ayunos, fatuidades y sujeciones pueriles. No cele-

braban mas fiestas que Navidad, Pascua y Pentecostés: decian que la Escritura era su única regla de fé: reprobaban todas las ceremonias de la Iglesia: solo usaban de la oracion dominical en la celebracion de la misa: consagraban con pan fermentado, y no querian adorar á Jesucristo en la Eucaristía. Sus ministros eran unos simples legos, y tan ignorantes, á lo menos por mucho tiempo, que rebautizaban á todos los cristianos que iban á parar á su secta. A todo esto se atrevieron dos mil ó tres mil hombres sin ninguna instruccion, igualmente enemigos de los calistinos, contra los cuales se rebelaron, que de los católicos de quienes se habian separado mucho antes.

Los calistinos, que á escepcion del cáliz, convenian en todo lo demas con la Iglesia romana, hicieron causa comun con los católicos para denunciar los errores de los hermanos á Uladislao VI, rey de Bohemia y de Hungría. Presentaron los acusados una confesion de fé (1504) para justificarse de los errores que se les imputaban (1). En ella admiten como nosotros los siete sacramentos, y hablan en particular de la confesion auricular como de una cosa obligatoria. Acerca de la Eucaristía dicen espresamente que se recibe en ella el Cuerpo y la Sangre del Señor, bajo las dos especies del pan y del vino, y se esplican de un modo tan claro y terminante contra los defensores del sentido figurado, que se necesitaba toda la sutileza de los dogmatizadores, y el grande interés que tenian en aumentar su secta, para adoptar á unos hermanos que tan poco se les parecian en esta parte. En los otros puntos de doctrina no se manifiestan muy distantes de las máximas católicas, excepto en los principios de la justificacion, en lo que fueron tambien los precursores

(1) Bossuet. *Variac. tom. 2, lib. 11.*

(1) *Apol. ap. Tyd. part. 4, pag. 295.*